

Vigésimo Domingo del Tiempo Ordinario – Ciclo A

Un formador de seminaristas —es decir, un sacerdote encargado de la formación en el seminario— solía decirnos que “nuestro corazón está allí donde estamos sentados.” Por ejemplo, una señal buena de que realmente amamos a Dios es cuando nos encontramos sentados en Misa cada domingo; pues, como preguntó una vez un sacerdote ortodoxo: “¿Acaso no basta con que Dios nos pida asistir a la liturgia dominical? ¿Necesitamos realmente más razones?”

Sin embargo, más allá de la Misa dominical, nuestra parroquia también tiene el santísimo semanal, momento en que Jesús, presente en la Hostia, es expuesto en la custodia y colocado en el altar mayor —como en un trono— para ser adorado tanto por ángeles como por hombres. Quizás esto parezca una gran pérdida de tiempo a los ojos del mundo; pero ¿acaso perdemos el tiempo con Jesús al simplemente mirarlo mientras Él nos mira a nosotros durante la adoración eucarística?

El joven Carlo Acutis, recientemente canonizado santo, solía decir: “Si te pones al sol, te quemas; pero si te pones ante el Hijo de Dios, te haces santo”. En verdad, la única tristeza, el único fracaso verdadero en la vida, es no llegar a ser santo (Léon Bloy).

Al pasar tiempo regularmente con el Señor en la Misa y en la adoración eucarística, experimentaremos esa “metanoia” —ese cambio de corazón— que todos anhelamos en lo más profundo de nuestro ser; pues cada uno de nosotros fue creado para ese cambio de corazón: fuimos creados para ser santos.



La Adoración Eucarística se ofrece
todos los lunes y miércoles después de la Misa hasta las 9 p. m.

Padre Frei